

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
No tan tonto

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1998). No tan tonto. La madriguera. (11):71-71.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41708>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



No tan tonto No tan tonto

Henry Fool
Hal Hartley
USA, 1997

En apariencia, nada que ver, pero las relaciones entre el filósofo Jean-Jacques Rousseau y el barón Frédéric Melchior de Grimm pueden ser una de las claves de esta película. También aparentemente, por lo demás, *Henry Fool* (Premio al Mejor Guión, Festival de Cannes 1998) no parece requerir ninguna; ni la puesta en escena ni el universo creado por Hal Hartley para su sexto largo —que lo es realmente: un poco más de dos horas y cuarto— son crípticos o abstrusos, y tampoco remiten, como su anterior cinta, *Flirt* (1995), al ejercicio de estilo a la manera de Queneau. La fábula, más que la historia, aquí narrada se lee de la A a la Z, linealmente y sin sobresaltos. Todo está o parece estar en su lugar, y el lugar es Queens, un suburbio de Nueva York que no es de lo peorcito que puede ofrecer la Manzana en su periferia, y que hubiese podido ser el Long Island donde Hartley pasó su infancia y ambientó sus primeras cintas (*The Unbelievable Truth* [1990], *Trust* [1991] y *Simple Men* [1992]). Estamos, es decir, en el universo clásico de este director de 38 años, que algunos consideran, desde el éxito de *Trust* en el Festival de Sundance (Premio al Mejor Guión), epítome del cineasta independiente.

La fábula dice así: en la vida triste y gris de Simon Grim (James Urbaniak) irrumpe un día el destino bajo los rasgos de Henry Fool (Thomas Jay Ryan), exuberante y mitómano vagabundo. La vida de Grim depresivamente transcurre entre su

trabajo —reciclar basuras— y su casa, que comparte con una madre (María Porter) gran consumidora de neurolépticos y una hermana ninfómana, Fay, espléndidamente interpretada por Parker Posey —“reina de los indies”, según la coronaba recientemente la revista *Time*—, quien ya había actuado antes para Hartley en *Amateur* (1994) y *Flirt*. En este escenario se instala Henry, seduciendo a madre e hija y perturbando para siempre la tristura autista de Simon. Henry se dice escritor, maldito además, y carga en su errancia con el manuscrito de su única obra, vertida en ocho cuadernos que no permite que nadie lea. La verborrea de Henry —que en una memorable escena escatológica se transmuta en otro tipo de evacuaciones sonoras— saca de su espeso letargo a Simon, quien ensaya a su vez la escritura: un largo poema autobiográfico que concita escandalizados rechazos, hasta el día en que su publicación en Internet lo convierte en obra maestra, jaleada en los medios (la también escandalosa Camille Paglia hace una fugaz aparición) y cortejada por editores, y a su autor en esa figura mítica que con tanta facilidad florece en EEUU, trunfo de Salinger o Pynchon viviendo recluido en su fama. Los roles se invierten: el escritor que decía serlo acaba en el puesto de basurero del poeta que ignoraba que lo fuera. Hasta la peripecia final, irreal, lite-

ralmente fabulosa, en la que los roles vuelven a invertirse.

Hartley ha construido este laberinto de espejos en el que se pierden y encuentran sus personajes para decir muchas cosas. La crítica americana y algún crítico francés se lo han reprochado: *Henry Fool* vendría a ser un “loose baggy monster”, como definía Henry James a la novela victoriana. Un cajón de sastre. En este batiburrillo creo que pueden verse al menos dos



cosas: una reflexión en tono burlesco acerca de los mecanismos de fabricación de las obras de arte en una sociedad capitalista avanzada y una reelaboración inteligente del mito romántico de Kaspar Hauser. Ambas entrelazadas mediante la reactivación de uno de los episodios más fascinantes del XVIII francés: la ascensión social y profesional del barón Grimm (escrito con una “m” más que Grim, en proceso inverso al que ha conducido a Fool, nos comunica Henry, a perder su antigua “e”) a costa de su amistad con el filósofo ginebrino. Narrado por éste en sus *Confesiones*, que es también el título del ilegible manuscrito de Fool y el sorprendente hipertexto de esta película.

Ana Nuño